

JOSÉ MAZZANTI

Alegría



Segundo
Grado

ALBERTO MOLINA

ALEGRÍA

Lib. 19
24 de 1891

Es propiedad.

Queda hecho el depósito que
ordena la ley 11.723

Supl. del
Nº 34248

JOSÉ MAZZANTI

ALEGRÍA

LECTURAS
PARA EL
SEGUNDO GRADO

Texto aprobado por el Consejo Nacional de Educación

Exp. 14339/C/1942

ILUSTRACIONES DE GUIBOURG Y BOZZINI



ALBERTO MOLY
EDITOR

Callao 575 — Buenos Aires



1967/1957



Alegría

Hoy ha sido un día de gran animación en la escuela.

Niños y maestras hablábamos y reíamos, cambiando saludos. Cada uno tenía algo que contar y todos nos sentíamos dichosos de volver a vernos después de los tres meses de vacaciones.

De pronto, un gran silencio. Había sonado la campana.

Al segundo toque, cada maestra hizo formar a sus niños.

La directora se puso al frente de nuestro grado. Junto a ella estaba una señorita

a quien no conocíamos. Cuando nos dirigíamos a nuestro salón, un compañero me dijo en voz baja:

—Es la nueva maestra que tendremos este año.

Como había simpatizado con ella desde el primer momento, esta noticia me llenó de alegría.





Promesa

La directora nos acompañó hasta el salón de clase. Luego de indicarnos a cada uno el asiento que nos correspondía, habló algunas palabras en voz baja con la maestra y se retiró.

Cuando quedamos solos, la señorita nos miró un instante, sonriente. Después de un breve silencio, nos dijo:

—La señora directora me ha hablado muy bien de ustedes, de manera que confío en que llegaremos a ser buenos amigos. ¿Les gustaría ser amigos míos?

—¡Sí, señorita! — contestamos todos en coro.

—Bien — dijo ella —; para conseguirlo será necesario que pongan de su parte sólo dos cosas: buena conducta y voluntad de trabajo. ¿Me lo prometen?

—¡Sí, señorita! — volvimos a contestar.

Yo miré a mis compañeros. En todos los rostros había una gran alegría.





La primera lección

La señorita tomó luego el registro del grado y pasó lista, llamándonos uno por uno. Cada vez que alguien, al oírse nombrar, contestaba “presente”, lo miraba un instante, como para conocerlo bien.

Cuando terminó de pasar lista, tomó un libro y se puso de pie.

—Voy a darles mi primera lección, —nos dijo—. Quiero que pongan todos mucha atención, para que nunca la olviden.

Abrió luego el libro y, con voz clara y grave, marcando bien las palabras, comenzó a leer lentamente, en medio de un gran silencio.

La lectura, que nos gustó mucho, se titulaba “Se necesita un muchacho”.



Se necesita un muchacho

“Se necesita un muchacho valiente y bondadoso, que no tenga miedo de decir la verdad, que quiera y respete a sus padres, a sus hermanos, a sus amigos; que esté resuelto a no fumar jamás y a no tener vicio alguno; que prefiera estar en su casa, ocupado en tareas útiles, a andar vagando por las calles; que concurra asiduamente a la escuela y que se sienta orgulloso de ser argentino”.



“La patria necesita siempre a ese muchacho, y lo necesita con urgencia”.

(Texto abreviado).

¡Sí, señorita!

Cuando terminó de leer, la señorita cerró el libro y repitió de memoria la última frase, muy lentamente: “*La patria necesita siempre a ese muchacho, y lo necesita con urgencia*”.

Luego, con la mirada puesta en nosotros como para ver el efecto que nos hacían sus palabras, nos habló así:

—Yo quisiera que ese muchacho estuviese aquí, en este grado. Que ese muchacho sea cada uno de mis niños. Que el último día de clase, cuando hayamos aprendido a querernos y a ser mejores, cada uno de mis

alumnos se acerque a mí y me diga: “Ese muchacho que la patria necesita soy yo”.
¿Es posible que eso ocurra? ¿Ustedes creen que es posible?

Todos, poniéndonos de pie, contestamos con entusiasmo:

—¡Sí, señorita!

Yo sentí que el corazón me latía fuertemente, con alegría y orgullo.





Nuestro salón

Nos ha tocado un buen salón. Es cómodo, amplio y, más que nada, muy alegre.

Tiene la entrada frente a la dirección, sobre la galería, y en el otro costado dos ventanas que dan al jardín. Esto también nos favorece, porque la luz, además de ser muy buena, entra por la izquierda. La

señorita nos dijo que es una gran ventaja y nos explicó por qué.

El zócalo es de madera y está pintado de color gris. Un poco más arriba, menos en la pared del frente, hay un friso con figuras lindísimas de animales y paisajes.

Los tres cuadros únicos del salón están colocados en la pared del frente. Son el escudo, que ocupa la parte más alta, y los retratos de San Martín y de Sarmiento.

En fin, no podemos quejarnos. Es un salón muy hermoso, seguramente el mejor de la escuela.





La señorita Clarisa

Estamos muy contentos porque nuestra señorita parece muy buena. Nos trata con mucho cariño, como una verdadera madre, y nos inspira confianza y simpatía.

Es alta y delgada; tiene el cabello renegrado y dos ojos grandes y oscuros,

que cuando nos miran parece que nos acariciaran.

Habla siempre con dulzura, sin tener jamás un movimiento de violencia o de enojo.

Hasta su nombre me agrada. Se llama Clarisa.

Además, me gusta como enseña. Explica muy bien y con tanta claridad, que todo nos parece fácil y sencillo.

Yo creo que hemos tenido suerte y que vamos a aprovechar muy bien el año.





Mi escuelita

*Con sus blancas paredes
y su tapia florida;
con el escudo al frente
y la bandera arriba,
¡qué hermosa me parece
mi querida escuelita!*

*Todo en ella es alegre;
todo al trabajo invita;
hogar, por lo sonriente;
colmena, por lo activa,
al verla me parece
mi querida escuelita.*



Andrés Piro

Mi compañero de banco se llama Andrés Piro.

Es un niño ordenado y laborioso como una abejita. Trabaja siempre en silencio, pacientemente, y todo lo hace bien, como si para él fuera muy difícil equivocarse. La señorita, que lo quiere mucho, dice que es uno de los mejores alumnos del grado.

Andresito tiene, además, el mérito de ser un buen hijo. Todos los días encuentra algún motivo para hablarme de su mamá, y lo hace siempre con cariño. Vive solo con ella, que es viuda y trabaja de costurera para mantenerlo.



—Yo quisiera aprender un oficio y llegar pronto a ser hombre, —suele decirme Andresito—. Tengo que trabajar para ayudarla a mi mamá.

Me gusta mucho este chico. Creo que llegaremos a ser muy buenos amigos.



Don Pedro

El portero de la escuela se llama don Pedro.

Es un hombre activo, servicial y hábil para el trabajo. Barre los patios, arregla los salones, cuida el jardín, atiende al público, lo hace todo, en fin, sin tener jamás un gesto de impaciencia.

—Tiza, don Pedro...

—Don Pedro, una copa con agua...

—No hay tinta, don Pedro...

—El mapa, don Pedro...

Y don Pedro va y viene, atendiendo a todos, sonriente y tranquilo.

Como no tiene familia, vive solo en la escuela.

Todos lo queremos, porque es un buen amigo de los niños.



Dos buenos compañeros

En el primer banco, a la izquierda, se sientan Elvirita Ferri y Roque Morales.

Son dos buenos compañeros. Se quieren y están siempre de acuerdo, como verdaderos amigos. Si alguien la molesta a Elvirita, Roque sale en su defensa; si Roque no sabe hacer un trabajo, Elvirita lo ayuda.

¡Qué distintos son uno y otro, sin embargo! Ella, paciente y laboriosa como

una hormiga, trabaja sin hacerse notar y no habla sino cuando la interrogan. Él, en cambio, inquieto y movedizo, se levanta, se sienta, va constantemente de un lado a otro y es siempre el primero en tener prontas todas las respuestas. Apenas la maestra pregunta algo, se pone de pie, agitando nerviosamente la mano y gritando:

—¡Yo, señorita!... ¡Yo, señorita!...

Es un excelente alumno, sin embargo. La maestra lo quiere mucho.





En clase de canto

La profesora de música viene dos veces por semana.

Nos agrada mucho dar clase con ella. No solamente me gusta oírla, sino también ver con qué ligereza mueve los dedos sobre el teclado. Es algo realmente maravilloso.

—Señorita — le dije el otro día —: ¡qué difícil debe ser tocar el piano como usted!

—No tanto — me contestó —. Cuando se tiene voluntad y amor al estudio, nada es difícil. Esto que tú llamas habilidad, no es sino la obra del trabajo y de la constancia. Si te lo propusieras, tú podrías ser tan buen pianista como yo.



El mejor alumno

Si nos preguntaran cuál es el mejor alumno del grado, yo estoy seguro que todos mis compañeros, sin vacilar, contestarían como yo:

—Roberto Maresca.

La señorita suele ponerlo como ejemplo y tiene mucha razón, pues nunca ha

merecido el menor reproche por su aplicación o por su conducta.

Ayer vino su papá a la escuela.

—Roberto es un excelente alumno — le dijo la señorita —; yo estoy muy contenta con él y sólo deseo que siga como hasta ahora.

—Muchas gracias, señorita — contestó el señor Maresca.

Y luego, acariciando con orgullo la cabeza de su hijo, agregó:

—Yo también estoy muy satisfecho con él. Es un buen hijo.





La lección de don Pedro

Esta mañana, cuando me levanté, el cielo estaba nublado y parecía que iba a llover. Sin embargo, más tarde salió el sol y el día se puso muy lindo, aunque un poco fresco.

Llegué a la escuela muy temprano, como siempre.

Don Pedro, el portero, barría afanosamente el patio, que estaba alfombrado de

hojas, lo mismo que el de mi casa y que la calle.

—Trabajo inútil —me dijo don Pedro—; dentro de un momento, como todos estos días, habrá que barrer otra vez.

—¿Y por qué? —le contesté—. Ahora no hay viento.

—Con viento o sin viento, da lo mismo. Para renovar sus hojas, los árboles necesitan desprenderse de las viejas. Eso ocurre todos los años, en esta época. Es cosa del otoño.

Don Pedro, sin proponérselo, me dió una buena lección. He aprendido algo mientras charlaba con él.



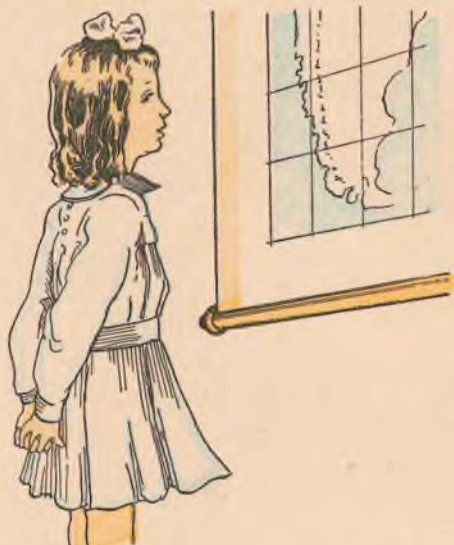
Otoño



*El sol, nuestro amigo,
se ha vuelto holgazán;
se levanta tarde,
no madruga ya.*

*¡Qué grises los días
por su culpa están!
Se asoma un instante,
se vuelve a marchar.*

*El pícaro viento
sopla y sopla más...
Galopan las nubes,
las hojas se van...*



El primer mes de clase

Hoy, después del primer recreo, la directora visitó nuestro grado. Estuvo toda la hora con nosotros, porque quería ver lo que habíamos aprendido en el primer mes de clase.

Nos hizo leer y sacar cuentas en el encerado y revisó uno por uno nuestros cuadernos. En aritmética y en lectura todos estuvimos muy bien, pero a dos niños les hizo observaciones por la mala caligrafía. Sin embargo, quedó muy contenta con nosotros y la felicitó a la maestra.

—Muy bien, señorita — le dijo —; veo que sus niños trabajan con buena voluntad y provecho. Ojalá sigan progresando como hasta ahora.

La señorita también quedó muy contenta. Ha sido una satisfacción para todos.





La chacra de tío Esteban

Mi tío Esteban vive en el campo. Tiene una chacra, que él mismo cultiva ayudado por sus dos hijos. El mayor ha cumplido ya los veinte años y es todo un hombre; el menor, aunque sólo tiene quince, es tan alto y fuerte como su hermano. Los dos son muy trabajadores y serios. Papá los quiere mucho y los cita siempre como ejemplo.

—Me sentiría feliz — suele decir — si mis hijos llegaran a ser hombres tan juiciosos y de provecho como sus primos.

El domingo fuimos a visitarlos. Salimos de casa muy temprano y regresamos por la noche, en el último tren. Aunque un poco fatigados de corretear por el campo todo el día, volvimos contentísimos y deseosos de repetir el paseo.

Al despedirnos, papá le prometió a tío Esteban que en las vacaciones nos llevará a todos a pasar un mes con ellos.





Carlos Albani

Todos mis compañeros son amigos míos y a todos los quiero por igual; por eso, cuando hablo de ellos me gusta elogiarlos. Hay uno, sin embargo, que no siempre lo merece. Me refiero a Carlos Albani.

La misma señorita reconoce que es un niño muy inteligente y que ninguno de nosotros lo aventaja en aritmética ni

en lectura. Esto quiere decir que tiene condiciones para ser uno de los mejores alumnos del grado. Sin embargo, no lo es.

Y no lo es por una razón muy sencilla: porque no tiene amor al trabajo.

Además, es demasiado inquieto y travieso. No puedo negar que a veces nos divierte con sus chistes y sus gracias, pero la verdad es que con frecuencia nos distrae y nos hace perder el tiempo durante las clases. Esto, como es natural, suele molestarla a la señorita, que en más de una ocasión ha tenido que llamarlo al orden.

A pesar de todo lo quiere mucho y confía en que terminará por enmendarse.

Yo creo lo mismo porque sé que, en el fondo, Carlos no es un chico malo.





La higuera y el podador

Quejábase amargamente una higuera al ser podada.

—¡Te doy, ingrato, mis frutos y tú mutilas mis ramas!

*—Por tu bien te mortifico—
le contestó el que podaba:—
serán mejores tus frutos
y crecerás más lozana.*

*¿Qué importan los sacrificios
para el que estudia o trabaja,
si tendrá, como la higuera,
fruto y provecho mañana?*



El italianito



Hoy ingresó un nuevo alumno. Es un italianito muy simpático, de rostro moreno y grandes ojos azules, que parecen mirar con asombro.

Como hace sólo un mes que ha llegado de su tierra, no habla sino muy pocas palabras en castellano.

La señorita lo hizo sentar con Tomasito Jiménez.

En el recreo, apenas rompimos filas, todos lo rodeamos, llenos de curiosidad.

—¿Cómo te llamas? — le preguntó un niño.

El italianito lo miró, sin responderle. Seguramente no había entendido, pues cuando yo le repetí la pregunta pronunciando lentamente y con claridad las palabras, me contestó:

—Dabini Pietro.

Y sonriendo amistosamente, me estrechó con fuerza la mano.

Todos los niños rompieron a reír y aplaudieron con alegría. Les gustó el gesto del italianito.





El general Belgrano

Ayer escribimos una composición sobre el general Belgrano.

La señorita nos indicó que hiciéramos un trabajo muy breve, de dos o tres frases nada más y poniendo sólo lo más impor-

tante. Por eso, y también porque el tema me gustaba y lo habíamos tratado ya en clase, yo creí que me iba a resultar fácil redactar una buena composición. Sucedió lo contrario, sin embargo; me costó mucho trabajo.

Decía así:

“El general Belgrano luchó con heroísmo por darnos libertad y se sacrificó durante toda su vida en defensa de la patria. Merece, por eso, nuestra admiración y nuestra gratitud.

Su gloria más grande, sin embargo, es la de haber sido el creador de nuestra bandera. Este hecho memorable le asegura para siempre un lugar en la historia y en el corazón de todos los argentinos”.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



BANDERA DE NUESTRA PATRIA

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Mi bandera

*La bandera mía
se parece al cielo:
es azul y blanca,
con el sol en medio.*

*¿Cómo no quererla
como yo la quiero,
si en ella el retrato
de mi patria veo?*

*Por eso al mirarla
flotando a los vientos,
de orgullo y de dicha
se me ensancha el pecho.*

*Por eso al mirarla
siento un solo anhelo:
ser justo y honrado,
ser valiente y bueno.*





El buho

En casa tenemos un buho.
Lo trajimos el domingo de la
chacra de tío Esteban.

Es de color negruzco, con listas blancas y grises en las alas. Tiene el pico corvo y la cabeza redonda y aplanada, con dos pequeños mechones de plumas que parecen las orejas de un gato.

Es un animalito inofensivo y tranquilo. Parado en el extremo de un poste, se pasa las horas al sol, inmóvil y con los ojos fijos, como si mirara sin ver. Sólo al llegar la noche parece despertar y animarse.

Papá nos ha contado que hay personas que persiguen a los buhos por creer que acarrean o anuncian desgracias.

—Por supuesto — nos ha dicho — que sólo los ignorantes o los supersticiosos pueden dar crédito a semejante embuste.



El cumpleaños de la abuelita

Mi abuelita, la madre de papá, vive con nosotros.

Ayer cumplió los ochenta años. Con ese motivo se reunió en mi casa toda la familia.

A la hora del almuerzo, entre mayores y niños éramos veintidós personas. Hubo

necesidad de agregar una mesa para darnos cabida a todos.

Abuelita, que ocupó la cabecera, estaba contentísima.

—Este es el día más feliz de mi vida —decía a cada instante.

Fué un día de verdadera felicidad para nosotros también, porque todos la queremos mucho a mi abuelita, a “nuestra reliquia”, como la llama papá.

Ojalá tengamos la suerte de conservarla con nosotros durante muchos años.





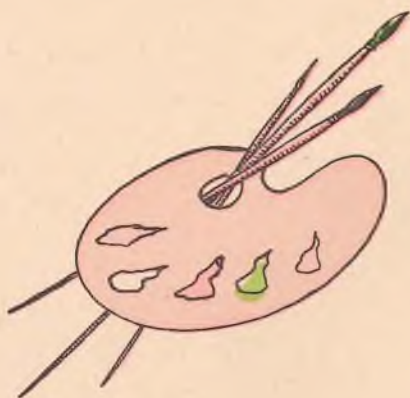
Un futuro dibujante

Quiero hablar de un compañero a quien todavía no he nombrado, aunque es uno de mis mejores amigos. Y quiero hablar con elogio, porque lo merece. Me refiero a Mario Garbini.

Lo conozco mucho porque nos iniciamos juntos en la escuela y el año pasado, en el primer grado superior, fuimos compañeros de banco.

Tanto en aplicación como en conducta es uno de los mejores alumnos del grado. Además, tiene sobre nosotros la ventaja de ser un buen dibujante. La misma señorita lo reconoce y suele decir que si cultiva con empeño esa condición natural, llegará a ser un verdadero artista.

Eso precisamente, ser un artista, es el sueño de Mario. Y sin duda también el de su papá, porque le ha prometido tomarle el año próximo un profesor especial de dibujo.





Los peligros de la calle

Hoy, al salir de la escuela, ocurrió un hecho muy desagradable, aunque por suerte no tuvo consecuencias graves.

Carlos Albani, travieso como siempre, cometió la imprudencia de salir corriendo a la calle, sin ver que un automóvil llegaba en ese instante a toda marcha. Afortunadamente el conductor mostró mucha serenidad y tuvo tiempo de frenar el coche y hacer una rápida maniobra que evitó un accidente que ya parecía seguro.

El consiguiente susto de Carlos y de todos nosotros fué, felizmente, el único resultado de percance.

La señorita, que había presenciado la escena desde la puerta de la escuela, corrió para auxiliar a nuestro compañero, que estaba pálido y lloroso.

—Que esto te sirva de lección para que no vuelvas a cometer imprudencias— le dijo.

Y volviéndose a mí, que acababa de recoger del suelo los útiles de Carlos, agregó:

—Tu compañerito está un poco impresionado. Será mejor que lo acompañes hasta su casa.

En el camino, Carlos me pidió que no le contara a su mamá lo ocurrido, para no afligirla.

Me pareció muy bien. Yo había pensado lo mismo y creo que era lo mejor que podíamos hacer.





La casa de la dicha

Mi familia, sin contar los parientes que no viven con nosotros, se compone de siete personas: papá, mamá, abuelita, mis tres hermanos y yo.

—Buen número —suele decir abuelita—: ni muchos, ni pocos.

Papá nos mantiene, nos guía y nos ampara en toda forma; trabaja por nosotros hasta el sacrificio y no tiene otra preocupación que nuestro bien y nuestra

felicidad. Es el jefe de la familia; por eso le debemos obediencia y respeto.

Acaba de cumplir los cuarenta y siete años, tres más que mamá. Como felizmente se conservan sanos y fuertes, ni él ni ella representan la edad que tienen.

Nuestra casa, por obra de mis padres, es la casa de la dicha. El trabajo, el amor y la alegría reinan en ella.





Premio al trabajo

Mi tío Esteban y mis primos Eduardo y Antonio llegaron ayer del campo. Han venido a pasar unos días con nosotros y, al mismo tiempo, para comprar algunas cosas que les hacen falta en la chacra.

Están muy contentos porque la cosecha ha sido muy buena y les ha dejado una ganancia mucho mayor que otros años.

—Hemos trabajado fuerte, pero no podemos quejarnos —decía anoche tío Esteban—. Con tres o cuatro años como éste, el porvenir de mis hijos estaría asegurado.

—Todo es cuestión de un poco de suerte —dijo Eduardo.

—Te equivocas, muchacho —le contestó papá—; el bienestar y la felicidad no dependen de la suerte, sino del trabajo. El fruto recogido este año es el premio por el esfuerzo que han realizado, no un regalo de la casualidad. La suerte los ayudará siempre, como esta vez, sólo a condición de que ustedes la ayuden con su voluntad y su constancia.





Granito de trigo

*Granito de trigo,
dime: si te siembro
y amorosamente
te cuido y te riego,
¿en cuántas espigas
te convertirás?*

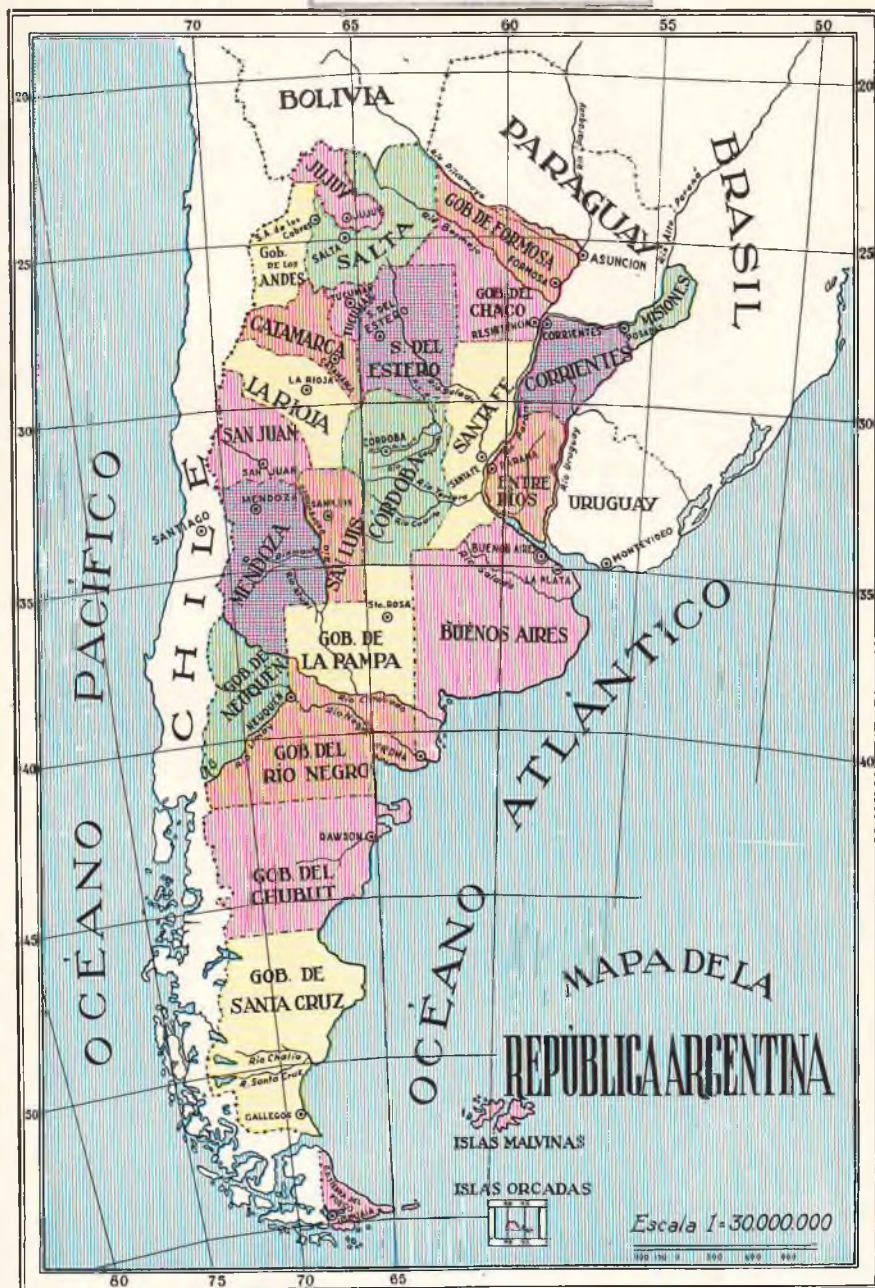
*Granito de trigo,
cuando pase el tiempo
acaso en mi mano
te tendré de nuevo,
milagrosamente
convertido en pan.*





Nuestra patria

Estoy muy contento. Con motivo de acercarse el día de la patria, la señorita nos hizo escribir una composición. Luego de leerlas todas, eligió una, la que le parecía mejor, y la copió en el encerado. Era la mía.



Mi composición decía así:

“Nuestra patria es rica y hermosa.

En su inmenso territorio hay montañas altísimas, anchos ríos y grandes bosques y llanuras.

Ferrocarriles y caminos cruzan su suelo en todas direcciones, llevando el progreso a los pueblos.

En todas partes se trabaja: en todas partes hay paz y bienestar.

Todo eso es nuestra riqueza y nuestro orgullo de argentinos”.



Una visita

El domingo por la tarde vino a visitarme Andresito. Le traje a mi mamá un hermoso ramo de rosas y claveles.

Como en casa yo hablo siempre de mi compañerito, todos lo recibieron con alegría, como si lo hubieran conocido desde hace largo tiempo.

Papá me dijo que lo invitara a cenar con nosotros, pero Andresito no quiso quedarse porque no tenía permiso de la mamá.

Estaba contentísimo. Nunca lo ví reír y charlar tanto.

Al atardecer, cuando se marchó, era ya amigo íntimo de todos mis hermanos.

Prometió venir un domingo a pasar el día con nosotros.





Un buen discurso

¡Qué bien habla la señorita! A mí me gusta tanto, que me pasaría todo el tiempo escuchándola. Es que tiene un modo tan lindo y pronuncia con tanta claridad las palabras, que dichas por ella todas las cosas parecen más interesantes.

Además, habla muy bien en público.

El otro día, en la fiesta que hicimos en la escuela con motivo del 25 de Mayo, tuvo un gran éxito. Pronunció un discurso lindísimo, que todos, hasta las mismas maestras, aplaudimos con entusiasmo. A la directora le gustó tanto, que al felicitarla le dió un abrazo.

Los chicos de mi grado, entre ellos yo, fuimos los primeros en aplaudir. Estábamos contentos y orgullosos porque el triunfo de la señorita, como se trataba de la maestra de nuestro grado, nos parecía también un poco nuestro.





Mi amiguito fiel

*Es bueno conmigo,
soy bueno con él;
es mi fiel amigo,
soy su amigo fiel.*

*Jamás hay porfías
ni hay riñas jamás:
penas y alegrías
partimos en paz.*

*Él llora si lloro;
si él ríe, yo río;
mío es su tesoro,
suyo es el bien mío.*

*Se siente a mi lado
dichoso y contento;
con él encantado,
yo feliz me siento.*

*Dime, ¿has comprendido?
¿Sabes quién es él?
Mi hermano querido,
mi amiguito fiel.*





Un mal momento

Carlos Albani tiene fama de ser muy travieso. Esa fama suele perjudicarlo, a veces injustamente, porque es motivo para que sus faltas parezcan siempre intencionadas o menos disculpables que las de los otros niños. Digo esto a propósito de un hecho que ocurrió esta mañana.

Fué en el último recreo. Herminia, que había llevado al patio el florero de la señorita para cambiarle el agua, volvía con él al salón de clase.

Sucedió todo en un abrir y cerrar de ojos: un niño, que venía corriendo en sentido contrario, tropezó con ella y le hizo perder el equilibrio. Era Carlos.

La pobre Herminia, al ver el florero hecho añicos, rompió a llorar desconsolada, sin atinar a comprender lo que había sucedido. La señorita, que intervino en el acto, trató de consolarla y le ayudó a secar sus ropas, que estaban empapadas. Puede decirse que fué un percance con suerte, en medio de todo, porque felizmente no se había lastimado.

Al toque de campana formamos en silencio. Carlos ocupó su sitio sin decir una sola palabra, pero todas las miradas, fijas en él, eran como una acusación.

El pobre chico estaba pálido y lloroso. A mí me dió mucha pena al verlo en esa actitud.





La verdad en los ojos

Aunque ajenos al hecho, en el que sólo habían intervenido Herminia y Carlos, todos quedamos muy impresionados y entramos a clase cohibidos y en silencio.

La maestra, de pie junto al escritorio, permaneció callada un largo rato. Seguramente iba hablarnos del disgusto que le había causado lo ocurrido, pero no pudo hacerlo porque al poco instante llegó la directora, que ya estaba al tanto de todo.

Luego de cambiar en voz baja algunas palabras con la señorita, lo llamó a Carlos, que se adelantó azorado y mohino.

—Lo que has hecho —, le dijo—, no tiene perdón y no quiero comentarlo, pero necesito hablar seriamente con tu papá. Le dices de mi parte que se presente mañana contigo.

Carlos quiso excusarse, pero fué inútil. Por mucho que él dijera que el hecho había sido involuntario y casual, sus explicaciones no parecían muy claras, de manera que la directora se mostró inflexible.

Yo no sé lo que pensaban mis compañeros. Sin embargo, algo me decía que Carlos era sincero. Más que en sus palabras, lo había leído en sus ojos y en la expresión de su gesto.



Arrepentimiento

Carlos Albani se presentó esta mañana con su padre. La directora los acompañó hasta nuestro grado.

El padre de Carlos se había enterado de lo ocurrido ayer y quería pedirle disculpas a la maestra.

—Yo comprendo que ha sido una falta muy grave, pero le ruego que lo perdone por esta última vez — le dijo.

—Acaba de prometerme que se enmendará — agregó la directora.

La señorita no sabía qué hacer.

—La que debe resolver este asunto — dijo al fin —, es Herminia.

Y dirigiéndose a ésta, le preguntó:

—¿Te parece que lo disculpemos? Decide tú misma.

Todos la miramos a Herminia, que rompió a llorar, avergonzada.

—¡Sí, señorita, sí!... —repetía entre sollozos—. ¡Perdónelo, perdónelo!...

Carlos, al oír esto, rompió también en llanto.

Fué un momento de emoción para todos, porque por primera vez lo veíamos llorar a nuestro compañero.

La verdad es que compartíamos su pena, sin pensar ya si había sido o no culpable.



La promesa de Carlos



Cuando la directora y el señor Albani se marcharon, la señorita lo llamó a Carlos al frente del grado. El pobre chico, todavía lloroso, se adelantó cohibido.

—Después de lo que acaba de pasar —le dijo— no voy a hacerte reproches, porque estarían demás. Sólo una cosa deseo decirte, y es que siento por ti, a pesar de tu conducta, el mismo cariño que por todos tus compañeros. Por eso quiero que te enmiendes. Tu padre llegó avergonzado, pero se ha marchado lleno de esperanzas, porque has prometido mejorar y él confía en ti. ¿Eres capaz de cumplir esa promesa? Piénsalo y contéstame como un verdadero hombre.

Carlos levantó la vista y le respondió sin vacilar:

—Me voy a portar bien, señorita.

—Bien, —dijo ella—; ahora estoy contenta. Yo también confío en ti, como tu padre.

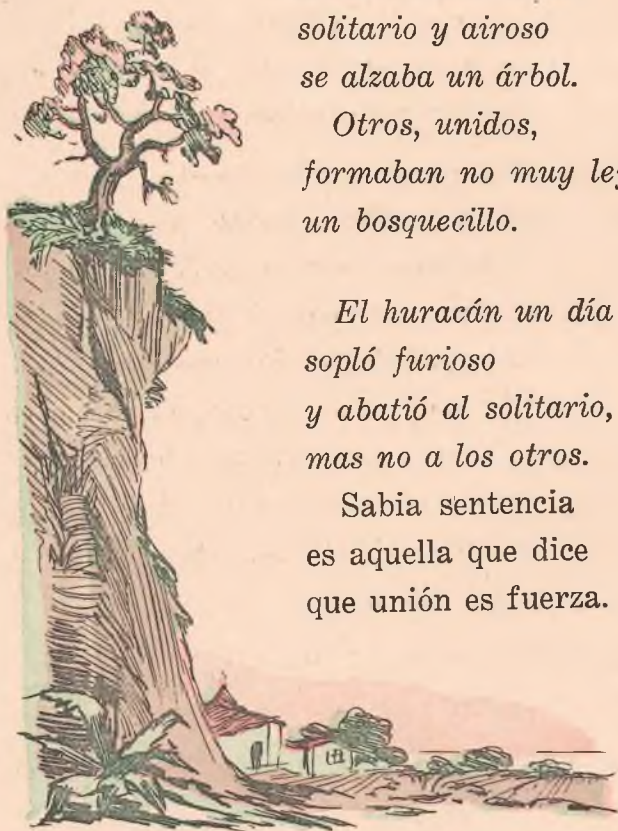
El árbol solitario

*A merced de los vientos,
sobre un barranco,
solitario y airoso
se alzaba un árbol.*

*Otros, unidos,
formaban no muy lejos
un bosquecillo.*

*El huracán un día
sopló furioso
y abatió al solitario,
mas no a los otros.*

*Sabia sentencia
es aquella que dice
que unión es fuerza.*



El metro



Todos los días, al comenzar las clases, damos aritmética.

Es una materia que nos agrada mucho; seguramente por eso nos parece tan fácil. Como todos queremos ser siempre los primeros en resolver los problemas o los cálculos que nos da la señorita, más de una vez se ha visto obligada a llamarnos al orden para que guardemos compostura.

Hoy empezamos a estudiar el metro. Aprendimos en un momento, entre otras cosas, cuántos decímetros, centímetros y milímetros tiene. Al terminar la clase hicimos varios ejercicios de cálculo; solamente dos niños se equivocaron.

La señorita nos ha dado para mañana un problema, también sobre el metro. Andresito me ha prometido ir esta tarde a casa para que lo hagamos juntos.



El pájaro herido

Esta mañana, en el momento de comenzar las clases, el cielo estaba nublado. Poco después se desencadenó un gran temporal y comenzó a llover torrencialmente. El viento sacudía los árboles y hacía crujir sus ramas.

Cuando volvió la calma, Andrés Piro encontró en el patio un gorrión que piaba lastimeramente, herido en un ala. Mi compañero lo recogió y lo

abrigó entre sus ropas para hacerlo entrar en calor. Luego le curó la herida y le dió unas migas empapadas en leche. El pobre animalito dejó de piar y pareció reanimarse.

Andresito le pidió permiso a la maestra para llevárselo a su casa.

—Dentro de unos días —le dijo—, cuando esté sano y pueda volar, lo pondré en libertad.

—Bien, Andrés, —le contestó la señorita—. Esa acción es digna de ti. Eres un niño de buen corazón.





Un ramo de flores

Esta mañana, a la entrada, la señorita encontró sobre su escritorio un ramito de rosas y claveles. Cuando lo vió, tuvo un gesto de extrañeza.

Las rosas y los claveles son, precisamente, sus flores predilectas y, por lo mismo, las que siempre le traemos. Esta vez, sin embargo, contra la costumbre de entregárselas personalmente, las habían dejado allí, en silencio. Y era eso lo que le llamaba la atención.

—Supongo que estas flores serán para mí
—exclamó sonriendo y sin dirigirse a nadie en particular.

Como no tuvo respuesta, insistió:

—¿No puedo saber quién me ha traído estas flores?

Un niño se puso de pie. Era Carlos Albani.

—Las traje yo, señorita; son para usted
—contestó.

La maestra lo miró un instante, un poco sorprendida. Luego, sonriendo, le dijo:

—Bien. Te quedo agradecida. Es una atención muy fina, que me llena de alegría por ti y por mí.

La acción de Carlos nos agradó a todos. Parecía, no sé por qué, que la señorita y él quedaban reconciliados en ese momento. Eso leímos todos en el modo de sonreírle y en las palabras de ella.





Los pollitos

*Como en la clase,
como en la escuela;
parecen niños
con la maestra.*

*Va la gallina con los pollitos.
Son tan redondos, tan redonditos,
tan afelpados, tan amarillos
como las flores del espinillo.*

*Todo lo miran y picotean;
luego se esparcen listos y alegres,
mas si los llama la madre, acuden
como los chicos más obedientes.*

*Como en la clase,
como en la escuela;
parecen niños
con la maestra.*

FERNÁN SILVA VALDÉS.





Un nuevo compañero

Desde hoy tenemos un nuevo compañero. Es un provincianito muy simpático.

La directora lo acompañó hasta nuestro salón y se lo presentó a la señorita. Se llama Jacinto Molina.

—Está un poco atrasado en aritmética —le dijo—, pero ha prometido trabajar con empeño para ponerse a la par de sus compañeros.

Jacinto, que parece un niño inteligente, acaba de llegar del campo.

En el primer momento nos hizo mucha gracia, porque habla con una tonadita extraña, como si cantara las palabras. Nos echamos a reír y él terminó por hacer lo mismo. Seguramente nuestro modo de hablar, tan distinto al suyo, le causaba a él un efecto parecido.

La señorita lo hizo sentar con Herminia.

—Herminia es una buena alumna y será para ti una excelente compañera —le dijo al provincianito—. El mejor consejo que puedo darte es que sigas su ejemplo en todo.

Creo que tiene razón la señorita. Una compañera como Herminia será una gran ayuda para Jacinto.





El 25 de Mayo

y el 9 de Julio

Hoy, en clase de historia, la señorita nos habló del 9 de Julio.

Me vino muy bien porque hacía tiempo que quería pedirle que me aclarara una duda. Y eso precisamente es lo que ha hecho, como si hubiera adivinado mi deseo.



CABILDO ABIERTO del 22 de mayo de 1810.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



Me refiero al 25 de Mayo y al 9 de Julio, las dos fechas de la patria.

La verdad es que yo no sabía muy bien el significado de la una y de la otra, o mejor dicho, cuál es la diferencia que hay entre ambas. Ahora, después de la explicación de la maestra, creo que lo comprendo. Es la siguiente:

El 25 de Mayo de 1810 el pueblo de Buenos Aires se levantó contra las autoridades españolas y organizó un gobierno propio, o sea de los

mismos hijos de nuestro país. Por eso se lo considera como el día de la libertad.

Fué necesario, sin embargo, asegurar para siempre esa libertad, lo que costó una lucha larga y muchos sacrificios. Sólo entonces, después de varios años, llegó para el país el momento de declararse nación independiente y dueña de gobernarse por sí misma, como era su voluntad. Ese hecho inolvidable, la declaración de la independencia, fué la obra del Congreso de Tucumán y tuvo lugar el 9 de Julio de 1816.



La mimbrera

¿Quién no conoce esas varillas largas, fuertes y flexibles llamadas mimbre? Rara es la casa donde no existe algún objeto o mueble fabricado con ellas.

He aquí, sin embargo, algo que yo ignoraba: la planta del mimbre se llama *mimbrera*.

—La mimbrera —nos dijo hoy la señorita— es un arbusto que se reproduce con facilidad en los terrenos húmedos. Todos los años, en el otoño, se hace la poda. Las ramas, atadas en haces, se

depositan durante algunos días en el agua, para que la corteza se desprenda fácilmente.

—En nuestro país — agregó — no existía la mimbrera. La introdujo Sarmiento, plantándola por primera vez en las islas del Paraná, donde ahora se produce en abundancia. Entre los muchos bienes que hizo a la patria, éste es uno de los que debemos agradecerle.





Los primeros fríos

Como esta mañana hacía bastante frío y parecía que el tiempo iba a descomponerse, mamá me recomendó que me abrigara bien para ir a la escuela.

—Conviene ponerse en guardia contra el invierno —me dijo—; estos primeros fríos suelen ser muy traidores.

Yo no cumplí la recomendación de mamá y salí a la calle como de costumbre. Un poco lo hice por el temor de llegar tarde a la escuela y otro poco, lo confieso, porque el frío no me desagrada.

Esa imprudencia me costó cara, porque al rato de estar en clase me sentí indispuesto. Poco después estaba afiebrado y con un resfrío tan fuerte, que no tuve otro remedio que volver a mi casa y ponerme en cama.

Todo esto y el desagrado de mamá, que es lo que más me duele, ha sido como un castigo por mi desobediencia y mi ligereza. Me parece justo y no me quejo.



Invierno

*Llueve y hace frío;
no ha salido el sol.
La tarde está triste,
triste como yo.*



*Miro el horizonte
desde mi balcón.
cielo encapotado,
campos sin verdor.*

*¿Es que ya no hay vida,
no hay luz, no hay canción?
¿Dónde estará el ave?...
¿Qué fué de la flor?...*



Un fabricante de juguetes

Pablito Merello es un niño un poco hosco y silencioso. Le gusta andar siempre solo. Durante los recreos, apartado de todos, se sienta en un rincón del patio a mirar nuestros juegos o a leer cuentos.

Casi nunca se lo oye en clase, pues no habla sino cuando la señorita lo interroga. Todos lo queremos, sin embargo, porque es un excelente alumno y un buen compañero.

Su ocupación favorita es la fabricación de juguetes, sobre todo muñecos. Sin necesidad de

otro material que un trozo de cartón, un pedazo de madera o un poco de arcilla, hace algunos graciosísimos. Además, como maneja muy bien los colores, los pinta caprichosamente.

Lo curioso es que, una vez terminados, ya no le interesan; los regala a cualquiera. Yo creo que no hay en el grado ni un solo compañero que no tenga en su casa algún juguete fabricado por Pablo.





El tartamudo

Antonio Balbi es muy nervioso. Como todo lo hace desordenadamente y con prisa, todo le sale mal. El mismo comprende que es un grave defecto y procura enmendarse, pero nada consigue.

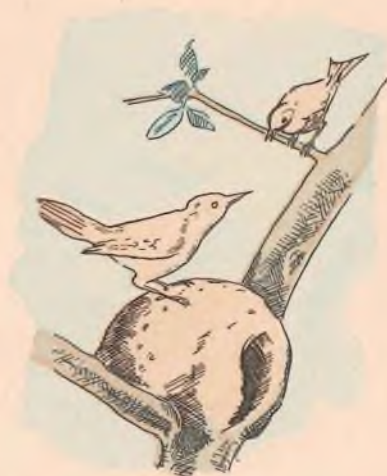
Tan precipitado es en todo, que habla y lee entrecortando las palabras o repitiendo las sílabas, como los tartamudos.

Para corregirlo, la señorita le ha enseñado un trabalenguas y se lo hace repetir todos los días marcando bien la pronunciación y aumentando poco a poco la rapidez.

—Sólo así, educando tus nervios y tu voluntad, conseguirás enmendarte, — suele decirle.

A veces nos hace gracia verlo al pobre Antonio pasearse a lo largo del patio durante los recreos, mientras repite como un fonógrafo:

Paco Peco, chico rico, protestaba como un loco con su tío Federico, y éste dijo: ¡Poco a poco, Paco Peco, poco pico!



El hornero y el gorrión

*—¡Qué suerte tienen algunos!—
cantaba burla burlando
frente al nido de un hornero
un gorriuncillo alocado—.*

*—¡Qué suerte, porque sin penas
viven en regios palacios,
mientras los pobres gorriones
no tienen techo ni amparo!*

*—Calla al fin, impertinente—
dijo el hornero al del canto:—
si la envidia te hace hablar,
hablas mal aconsejado.*

*No le debo, no, a la suerte
mi palacio, si es palacio:
a mi industria se lo debo
y es muy justo que esté ufano.*

*Necia crítica es la tuya,
pues olvidas, mentecato,
que tú cantas siempre ocioso
y yo al par trabajo y canto.*





Los pepinos

La señorita nos contó hoy que a Sarmiento le gustaban mucho los pepinos, pero que sus parientes, sabiendo que son muy indigestos, trataban de evitar que los comiera.

Cuando preguntaba en la mesa:

—¿No hay pepinos?

—No; todavía no es el tiempo, — le contestaban.

En cierta ocasión, sospechando la verdad, resolvió ir él mismo al mercado. Grande fué su enojo al comprobar que lo engañaban.

—¡Conque no había pepinos! —exclamó con indignación al llegar a su casa; y mostrando los que acababa de comprar, preguntó: —Y éstos ¿qué son?

—Es que le hacen a usted daño, abuelito... —se atrevió a contestarle su nieta.

—¡A mí no se me engaña! —respondió Sarmiento con energía: —¡Me indigesta más una mentira que un pepino!





NIÑOS SERRANOS, camino de la Escuela.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



Una tarde de alegría

El sábado papá nos llevó al cinematógrafo a mi hermanita menor y a mí. Daban una función para niños.

Pasamos una tarde de alegría como no recuerdo otra. Mi hermanita, que iba por primera vez, estaba que no cabía en sí de contento y reía a más no poder. Había momentos en que a papá y a mí nos causaban más gracia sus preguntas y sus comentarios que las cosas que veíamos en la pantalla.

Además de tres películas de dibujos animados y una de Carlitos, todas muy cómicas, dieron una de viajes. También era bastante linda, pero no hizo reír mucho al público.

A la salida papá le preguntó por broma a mi hermanita qué le había parecido la función.

—Me gustó mucho — contestó ella.

Y en seguida, con más picardía que inocencia, agregó:

—Lástima que algunas cosas no las vi bien porque pasaban muy ligero. Tenemos que venir otra vez mañana para que me dé cuenta de todo.

Papá y yo comprendimos la intención y soltamos la risa. Nos causó gracia la salida de mi hermanita.



Caballitos



*Pegasos, lindos pegasos,
caballitos de madera...*

*Ya conocí siendo niño
la alegría de dar vueltas
sobre un corcel colorado,
en una noche de fiesta.*

*En el aire polvoriento
chispeaban las candelas,
y la noche azul ardía
toda sembrada de estrellas.*

*Alegrías infantiles
que cuestan una moneda
de cobre, lindos pegasos,
caballitos de madera...*

ANTONIO MACHADO.



Lo que nos hace agradables

La señorita es muy buena con nosotros y está siempre dispuesta a disculpar nuestras travesuras. Se muestra muy severa, en cambio, cuando se trata del aseo. Sobre esa clase de faltas no admite excusas.

—Si queremos hacernos agradables —suele decirnos— debemos mostrarnos siempre limpios de cuerpo y de alma. El peor defecto que puede tener un ser humano es el desaseo.

Felizmente casi nunca le damos motivo para que nos haga observaciones sobre este punto; y cuando eso ocurre es sólo por algún detalle o falta sin importancia. La excepción, en ésto como en todo, era Carlos Albani; pero ha mejorado mucho. Un poco de interés de su parte y los consejos de la señorita han hecho ese milagro.



El enfermo

Andresíto está enfermo. Hace seis días que falta a la escuela.

Ayer por la tarde fuí a visitarlo. Lo encontré en cama, ya mejorado y fuera de peligro, pero muy débil. El médico, según me dijo la mamá, cree que hasta dentro de una semana no podrá volver a la escuela.

¡Qué contento se puso mi compañerito cuando me vió llegar! Sus ojos tristes y fatigados se llenaron de vida y alegría. No sabía cómo agradecerme el libro de cuentos que le llevé de regalo.

Le prometí volver mañana, a la salida de la escuela.

Al marcharme, la mamá me acompañó hasta la puerta.

—¡Qué bien has hecho en venir a verlo! —me dijo—. ¡Se ha acordado tanto de ti estos días!

Ya en la puerta, me repitió:

—Gracias, hijito.

Y estrechándome en sus brazos, me dió un beso en la frente. Yo sentí como si me hubiera besado mi madre.



El instinto del amor



Tomasito Jiménez es un niño muy curioso. Como todo lo quiere saber, a veces nos hace reír o nos sorprende con sus preguntas.

Hoy, mientras dábamos una clase sobre las aves, la interrumpió a la maestra:

—Señorita —le dijo—, ¿las aves son inteligentes?

La maestra pensó un momento y luego le contestó:

—Inteligentes como los seres humanos, seguramente no; pero tienen como nosotros el instinto del bien y del amor. Algunas aves nos agradan por sus colores, otras por su canto y todas por su vuelo y por su alegría. Pero nada es más admirable en ellas que el ingenio con que cuidan y protegen a sus polluelos. Esto nos prueba que si carecen de nuestra inteligencia o no razonan como nosotros, tienen, sin embargo, un instinto maravilloso que las impulsa al bien y al amor.

Mi hermanita Chona

A Mercedes, mi hermanita menor, la llamamos *Chona*.

No tiene más que cinco años y todavía no va a la escuela. Sin embargo, como es muy curiosa y observadora, a veces nos sorprende con cosas que nadie le ha enseñado.

Ayer me hizo reír. Me dijo que ya conoce dos letras, y muy oronda, para probármelo, trazó en un papel dos garabatos complicadísimos, que casi no se entendían.

—Esta que tiene el puntito es la “i” —me explicó—, y ésta redonda es la “o”.

Yo, por supuesto, le dije que estaba muy bien.

—¿Has visto? —exclamó con orgullo—. Yo aprendo sola; no necesito que me enseñen. Cuando vaya a la escuela me van a poner en tercer grado. Y después voy a ser maestra.

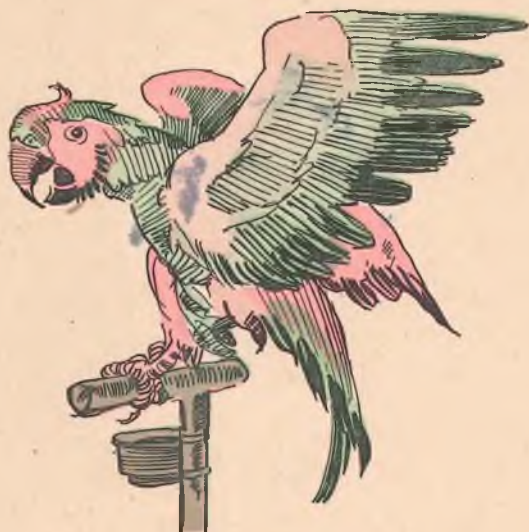
Yo me eché a reír. Me causó gracia la salida de mi hermanita.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



MI HERMANITA CHONA

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



Mi loro sabio

*Que es talentoso y sabio
mi loro piensa,
porque charla y repite
lo que le enseñan.*

Como éste, ¡cuántos
que no son más que loros
pasan por sabios!



Nuestro Libertador

Mañana, 17 de agosto, es el aniversario de la muerte del general San Martín.

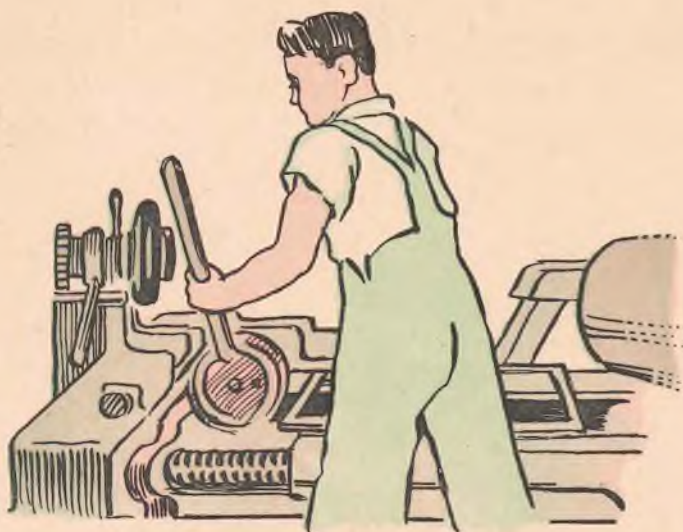
Con ese motivo la señorita nos habló hoy de él, dedicándole toda la segunda hora. Nos contó su vida desde niño y nos habló de todo lo que hizo por

nuestra patria. Además de otras láminas, todas muy lindas, nos mostró una sobre el combate de San Lorenzo y otra sobre el paso de los Andes.

Fué una clase tan interesante, que la hora transcurrió sin que nos diéramos cuenta.

A la directora, que estuvo de visita en el grado, también le gustó mucho. Cuando terminó de hablar la señorita, la felicitó muy contenta y le dió la mano.





El mejor oficio

Antonio Balbi y Roque Morales casi nunca están de acuerdo. Basta que uno de ellos diga algo, para que el otro sostenga lo contrario.

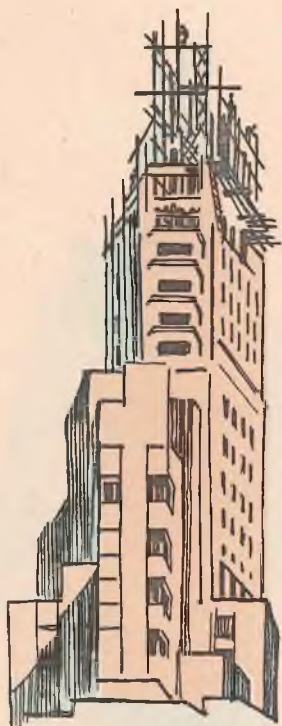
Hoy, como siempre, tuvieron una discusión. Como no llegaban a un acuerdo, Antonio la puso de juez a la maestra.

—Señorita, —le dijo—, ¿cuál oficio es mejor, el de mecánico o el de carpintero?

—Todos los oficios son igualmente buenos —le contestó la señorita—. En realidad, no puede decirse que haya unos mejores que otros, porque eso depende de la preferencia de quien los desempeñe. Si trabajamos en algo con amor, ese oficio será para nosotros el mejor. Para el holgazán, en cambio, como nada hace con interés, todos los oficios son igualmente malos.



¡Cuántos, cuántos pisos!



*Un ladrillo y otro,
cien ladrillos, mil...
Tirantes y andamios,
hierro, cal y cinc...
¡Cuántos, cuántos pisos!...
¿Nunca tendrán fin?
Balcones y muros,
subir y subir...*

*Y allá, arriba, arriba,
tú, buen albañil,
entre mil peligros
trabajas feliz.
¿No sientes acaso
miedo de morir?
Mientras tú trabajas,
yo tiemblo por ti.*



La vuelta de mi compañero

Andresito ha vuelto a la escuela, después de dos semanas de ausencia.

Para todos fué una alegría verlo, pero nadie se sintió más feliz que yo. Y se explica: Andresito, además de mi mejor amigo, es mi compañero de banco.

Está un poco pálido y más delgado, pero me ha dicho que ya se siente bien del todo. Como ha quedado un poco débil después de tantos días de cama, el médico le recomendó que se alimentara mucho. Ese mismo consejo le dió la maestra.

—No te preocupes por ahora del estudio, —le dijo—. Cuando vuelvas a estar fuerte recuperarás el tiempo perdido.

Yo le prometí ayudarlo en todo. Hemos convenido en que desde el lunes iré a su casa por la tarde, para que trabajemos juntos.



Señorita

María Luisa, mi hermana mayor, cumplió ayer los quince años.

Recibió muchísimos regalos, algunos muy lindos. Los mejores fueron los de papá y mamá. Papá le regaló una hermosa cartera y mamá un corte de vestido que le costó no sé cuánto.

Mamá preparó para el medio día un verdadero banquete. Había tres clases de postres, sin contar la fruta; con decir eso, basta.

Mi hermana estaba que no cabía en sí de satisfacción al verse el centro de todos los agasajos.

Al terminar el almuerzo, papá brindó, pero muy en serio, no en broma como suele hacerlo otras veces. Le habló tan bien, pero tan bien a mi hermana, que parecía un discurso estudiado de memoria, y sin embargo no era así. En la parte final, que fué la que más nos gustó, le dijo entre otras cosas:

—Desde hoy eres una señorita: eres la “señorita” de nuestra casa. Es un título muy alto y del que sólo serás realmente digna si sabes comportarte y lo llevas con honor. Si eso haces, todos nos sentiremos siempre, como en este momento, orgullosos de ti.



El día del árbol



Hoy, con motivo del día del árbol, hemos estado de fiesta en la escuela.

Después del último recreo todos los grados formaron en el patio. El primer aplauso fué para la bandera, cuando aparecieron con ella los tres niños encargados de traerla de la dirección. Después de cantar el himno nacional y el himno al árbol, un chico del primer grado inferior declamó unos versos muy lindos y una alumna del sexto leyó una composición. Al final, la directora pronunció un discurso.

Yo creo que ese fué el mejor número de la fiesta. El mejor y el que más nos gustó por las cosas que dijo sobre los árboles y por la forma de decirlas. Cuando terminó, todos la aplaudimos muchísimo y las maestras la felicitaron.

Aunque fué una fiesta muy sencilla, estuvo muy bien. Todos quedamos contentísimos.



Nuestro jardín

La señorita ha conseguido que la directora nos ceda la parte del jardín que queda frente a nuestro salón. Es un cantero del tamaño de una sala pequeña.

Hubiéramos deseado destinarlo a huerta, pero no ha sido posible. Hay en él varias plantas de

clavel y tres hermosos rosales que no sería justo sacrificar.

—Ya que no es posible hacer una huerta —nos dijo la señorita—, haremos un jardincito. En vez de cultivar hortalizas y legumbres, cultivaremos flores.

Es una lástima que se disponga de tan poco terreno en la escuela. Hubiéramos preferido formar las dos cosas, jardín y huerta.

Estamos contentos, de todos modos. El cuidado de nuestro jardincito será para nosotros un entretenimiento provechoso, pues aprenderemos muchas cosas útiles referentes al cultivo de las plantas.

Un libro maravilloso

Papá me prometió regalarme un libro cada mes, para que vaya formando mi biblioteca. Hoy, cumpliendo su promesa, me entregó el primero.

—Es un diccionario, —me dijo—; te será muy útil.

Yo no sabía lo que es un diccionario, aunque había oído muchas veces esa palabra.

Cuando se lo dije, papá tomó el libro, lo hojeó un instante y luego me hizo leer un párrafo que decía así: *DICCIONARIO. Libro en que por orden alfabético se definen las palabras de un idioma.*

Papá me explicó lo que significaba eso. Luego, para que me pusiera práctico, me hizo buscar otras palabras.

—¿No te parece un libro maravilloso? —me preguntó—. Cuando tengas alguna duda o quieras saber algo, recurre a él. Lo encontrarás siempre listo para la respuesta.

Yo quedé encantado con el regalo. Papá tiene razón: el diccionario es realmente un libro maravilloso.



La enfermedad de la señorita



La señorita falta a clase desde hace cinco días. La directora nos dijo ayer que la han operado de apendicitis. Felizmente ya está fuera de peligro y es casi seguro que dentro de una semana podrá volver a la escuela.

Hubiéramos querido ir todos a saludarla, pero la directora nos aconsejó que no lo hiciéramos.

—Más que un alivio —nos dijo— las visitas suelen ser una molestia para los enfermos. Para cumplir con la señorita, basta en este caso con la buena intención que han tenido.

En vista de esto, resolvimos mandarle una carta firmada por todos.

La escribimos esta mañana entre Roberto Maresca y yo y se la llevó don Pedro, el portero, con un ramo de flores que prepararon las niñas.

La directora quedó muy contenta con nuestra atención y nos felicitó por la carta. Dijo que estaba muy bien redactada.

Primavera

*Ya llega septiembre,
ya todo se alegra;
se ilumina el cielo,
revive la tierra.*



*De flores y nidos
las ramas se pueblan
y seres y cosas
se visten de fiesta.*



*Se acabó el invierno,
se fué la tristeza...
¡Primavera amiga,
bienvenida seas!*



Nuestra carta

La directora nos pidió hoy el borrador de la carta que le mandamos a la señorita y que tanto le había gustado.

Nos repitió que estaba muy bien, pero corrigió dos errores. Uno de ellos no tenía importancia; creo que en una parte, en lugar de coma, pusimos punto y coma, o cosa así. El otro, en cambio, era garrafal: habíamos escrito la palabra *aprovechamos* con *hache*. Yo no sé cómo pudo pasar eso,

porque tanto Roberto como yo tenemos bastante buena ortografía.

Después de corregir los dos errores, la directora copió la carta en el encerado y la pasamos a los cuadernos como un trabajo de lenguaje.

La carta decía así:

“Señorita:

La extrañamos mucho y deseamos que se mejore.

Desde que usted falta, la señora directora atiende nuestro grado y nos da clase, de manera que puede estar tranquila por nosotros, porque aprovechamos muy bien el tiempo. Lo importante es que usted se cuide mucho y que no nos olvide.

La saludamos con todo cariño”.





El mejor regalo

Anoche, después de cenar, papá me llamó aparte.

—Creo que te has olvidado de algo —me dijo—. Mañana es el cumpleaños de tu madre.

Como yo lo ignoraba, la noticia fué una sorpresa para mí.

¿Qué regalo podía hacerle? A esa hora ya no había tiempo para nada. Sin embargo, era nece-

sario que de algún modo le demostrara mi cariño a mamá. Pensé, entonces, que lo mejor era valerme de una carta.

La escribí al instante, sin decir nada a nadie, y se la dejé sobre la mesa de luz. Decía así: *Mamá, te quiero mucho, mucho, y deseo tu felicidad. Un beso grande de tu hijo.*

Esta mañana, al despertarme, mamá estaba a mi lado, sonriente y contenta.

—Gracias, hijito, —me dijo—. Me has hecho feliz con tu cartita. Ha sido para mí un maravilloso regalo.

Y estrechándome con ternura sobre su pecho, me besó en la frente.

Yo sentí en ese momento una felicidad tan grande, que sin saber qué decirle, rompí a llorar.





Las preguntas de mi hermanita

Me ocurre algo curioso. Hay cosas que yo sé o entiendo perfectamente y que, sin embargo, llegado el caso, no acierto a explicarlas.

La que suele ponerme en verdaderos aprietos es mi hermanita Chona. Hoy, por ejemplo, me oyó decir que me gustaría tener un mapa de nuestro país y eso bastó para que al instante me preguntara qué es un mapa. Yo lo sabía muy bien, pero ¿cómo explicárselo para que ella lo entendiera?

—Un mapa —le dije para salir del paso— es un retrato; es el retrato de un país.

—Entonces un mapa es una fotografía —me contestó.

—No —le expliqué—; no es una fotografía. Es un dibujo donde se muestran las montañas, los ríos y todas las cosas de un país.

—¿Y qué es un país?

—Un país es un pueblo, un pueblo grande o muchos pueblos.

—¿Y un pueblo chico no es un país?

—También puede ser un país. Hay países grandes y países chicos.

—Cuando fuimos a la chacra de tío Esteban, hace mucho, el tren pasó por cinco o seis pueblos, grandes y chicos. ¿Todos eran países, entonces?

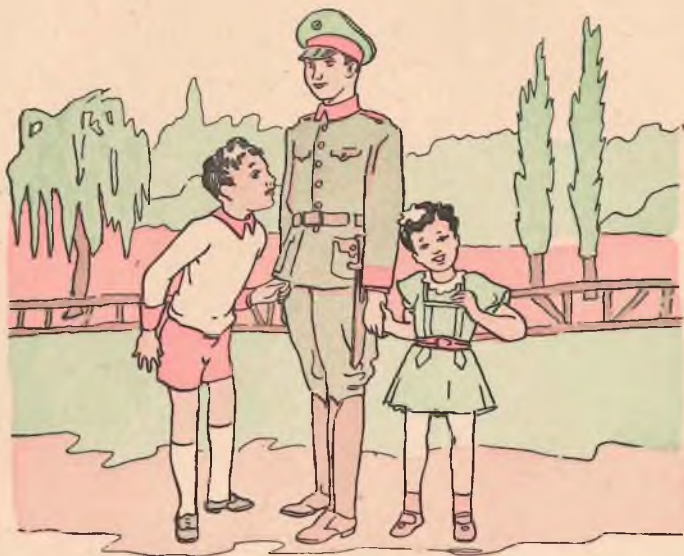
Yo no supe qué contestarle y me dí por vencido. Hubiera sido cuestión de que no terminara con sus preguntas y respuestas.



La violeta y la rosa

—Yo no sé qué te han visto
que así te elogian
(le dijo a la violeta
la altiva rosa).
Sé juez tú misma
y dí si es tu hermosura
como la mía.

—¿Compararme contigo
cómo es posible?
(contestó la violeta
dulce y humilde).
Somos distintas:
yo no tengo tu encanto
ni tus espinas.



Servir a la patria

En mi casa tenemos un soldado. Es un soldadito de veinte años, animoso y alegre, que se siente cada día más orgulloso de servir a la patria.

Han pasado ya seis meses desde que viste el traje militar. Lo llevará hasta cumplir el año que manda la ley.

Ese soldado es Enrique, mi hermano mayor.

Cuando lo sortearon para la conscripción, mamá estaba afligidísima y lloraba sin consuelo.

—No tienes por qué temer —solía decirle papá—. Tu hijo volverá del cuartel sano y fuerte, convertido en un verdadero hombre. Yo también hice la conscripción y sé por experiencia que la vida de soldado sólo es dura para el que no tiene el hábito de la disciplina.

Fué un sacrificio muy grande para mamá, pero tuvo que resignarse. Y ahora que el tiempo ha pasado, comprende que papá tenía razón. Enrique, “su soldadito”, como ella lo llama, es su alegría y su orgullo.

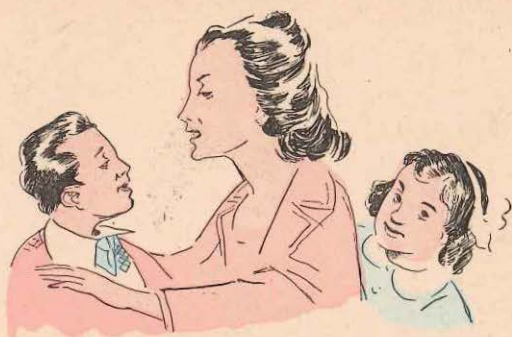




ESCUDO NACIONAL

Este escudo de armas es la reproducción del sello que usó
la Asamblea General Constituyente de 1813.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



Satisfacción

Desde hoy la tenemos otra vez con nosotros a la señorita.

Fué una gran alegría y también una sorpresa verla llegar esta mañana a la escuela, porque todavía no la esperábamos.

Aunque ha adelgazado un poco, tiene muy buen aspecto. La verdad es que no parece que haya estado en cama tantos días.

Nos dijo que nos había extrañado mucho y nos agradeció la carta y el ramo de flores que le mandamos. Además, está muy contenta con nosotros porque la directora le contó que nos habíamos portado bien en su ausencia.

—Yo no esperaba otra cosa de ustedes —agregó—, pero esa noticia me ha llenado de alegría y de orgullo. Era la mejor prueba de cariño que podían darme mis niños.



El mejor nombre

Andresito vino a visitarme el domingo. Pasó el día con nosotros.

Después del almuerzo papá quiso llevarnos a todos al parque, pero yo preferí quedarme en casa con mamá y mi compañero.

Charlamos de tantas cosas y estábamos tan contentos, que la tarde nos pareció corta a los tres. Durante la conversación, mientras tomábamos el té, Andresito se enteró de que mi mamá se llama Carmen.

—Es un lindo nombre —dijo—; yo creo que es el más lindo de todos.

—Todos los nombres son igualmente lindos, —le contestó mamá—. Lo que ocurre es que algunos nos parecen mejores o más agradables que otros por el cariño o la admiración que sentimos por la persona que los lleva.

Luego de un corto silencio, Andresito insistió, muy serio:

—Mi mamá también se llama Carmen. Por eso me parece el nombre más lindo.

Al oír esto mamá pareció sorprenderse.

—Tienes razón, —le dijo después de un silencio.

Y mirándolo con ternura, agregó:

—Has dicho la cosa más admirable que puede decir un niño. Tu madre debe sentirse orgullosa de tener un hijo como tú.



Acuarela

*Es la mañana; lirios y rosas
mueve la brisa primaveral,
y en los jardines las mariposas
vuelan y pasan, vienen y van.*

*Una niñita madrugadora
va a juntar flores para mamá,
y es tan hermosa, que hasta la aurora
vierte sobre ella más claridad.*

*Tras cada mata de clavelina,
de pensamientos y de arrayán,
gira su traje de muselina,
su sombrerito, su delantal.*

*Llena sus manos de lindas flores,
y cuando en ellas no caben más,
con su tesoro de mil colores
vuelve a los brazos de su mamá.*

*Mientras se aleja, como dos rosas
sus dos mejillas se ven brillar,
y la persiguen las mariposas
que en los jardines vienen y van.*

RAFAEL OBLIGADO.





Los cuentos de la señorita

Papá suele decir que los cuentos son mi debilidad y creo que tiene razón. Me gustan mucho. Leerlos o escucharlos es para mí un placer que no cambiaría por ningún otro.

Antes, cuando era chico, me los contaba mi abuelita. Los que más me agradaban entonces eran los de hadas. Ahora, en cambio, prefiero los de viajes y los de aventuras, aunque también me gustan las fábulas, sobre todo si las lee o las cuenta la señorita.

Casi todos los sábados la última hora la dedicamos a los cuentos. Y digo casi todos, porque la señorita no lo ha establecido en forma fija. Es como un premio que debemos conquistar cada semana con nuestro trabajo y nuestra conducta.

Cuando llega ese momento, todos deseamos sentarnos en los primeros bancos, para no perder un detalle o una palabra de lo que ella nos lee o nos cuenta. Yo creo que nunca hay tanto orden en el grado como en esa hora.

Es claro que la señorita sabe elegir muy bien los cuentos o las fábulas, y eso tiene mucha importancia. Además, leídos o explicados por ella siempre parecen más interesantes.





Mi biblioteca

Mi deseo de tener una biblioteca ha empezado a cumplirse.

Además del diccionario que me regaló papá y de varios libros de lectura y de cuentos, desde ayer soy dueño de otros dos, uno de geografía y otro de historia. Me los regaló mi hermano Enrique.

—El diccionario —me dijo— te será útil para ir conociendo mejor nuestro idioma, y la geografía y la historia para ir conociendo el suelo y el pasado de nuestro país.

—Estos dos libros —agregó— te servirán más adelante, cuando tengas que estudiar esas materias. Por ahora te conviene guardarlos.

Yo me callé, pero no estoy de acuerdo. Creo que mi hermano se ha equivocado en cuanto a los libros o en lo que piensa de mí.

Digo esto porque anoche mismo estuve dándoles un vistazo y me parece que los entiendo muy bien y que están a mi alcance. Una de dos, entonces: o no son tan difíciles o yo no soy tan torpe como Enrique supone.

Además, tampoco importa que algunas cosas no las comprenda; ya iré poco a poco dándome cuenta de todo.





La visita del inspector

Hoy estuvo el inspector en la escuela.

Visitó primero los demás grados, pero sólo entró de paso, para saludar a las maestras y a los niños. En el nuestro, en cambio, estuvo más de una hora, seguramente porque todavía no la conocía a la maestra, que es nueva en la escuela.

Como sabíamos que era el inspector, en el primer momento nos sentimos un poco cohibidos. Yo creo que él se dió cuenta, porque en seguida nos

dijo algunas bromas para que tomáramos confianza. Al final, por la manera de hablarnos y por todo, hasta parecía amigo nuestro.

Es claro que también influyó en eso el buen papel que hicimos. Lo digo porque todo lo encontró muy bien, tanto la clase de cálculo que dió la señorita como los cuadernos, y eso que los revisó uno por uno y con mucha atención. Además, él mismo nos hizo leer y nos preguntó varias cosas de lenguaje, y no hubo un solo niño que estuviera mal.

Al retirarse, no solamente nos felicitó a nosotros sino también a la maestra y a la directora. Dijo que se iba muy satisfecho.

La señorita también quedó muy contenta. Nos dijo que se sentía orgullosa de nosotros.





Mi casita

*Otros en palacios
magníficos vivan,
entre cien tesoros
y cien fruslerías;
si su dicha es ésa,
gocen de su dicha,
mientras yo contento
vivo en mi casita.*

*No hay lujos en ella,
pero hay alegría;
lujos, ¿quién los quiere
ni los necesita
si no alivian penas
ni al trabajo invitan?
Feliz yo sin ellos
vivo en mi casita.*

*¿Para qué riquezas?
¿Para qué ufanías,
si entre aquellas cuatro
paredes sencillas,
lejos de las penas
y de las envidias,
mi padre y mi madre
comparten mi dicha?*



Los muertos por la patria

Hoy hemos destinado la última hora de clase a recordar a los muertos por la patria.

Fué un acto muy sencillo, pero de mucha emoción. Lo realizamos en la misma sala del grado.

Primeramente Herminia declamó una hermosa poesía, luego Roberto Maresca leyó una composi-

ción, también muy linda, y por último habló la maestra.

Habló muy bien, tan bien que yo creo que nunca lo hizo mejor desde que está en la escuela. Se refirió a los próceres y a todos los servidores de la patria, pero en general, es decir, sin nombrarlos. Y dijo que lo hacía así porque quería que en ese momento, más que nunca, los recordáramos a todos, a los grandes y a los humildes. a los que tienen en la historia un nombre glorioso y a los que se sacrificaron o murieron por la patria y quedaron en el olvido.

La directora estuvo presente en el acto. A ella, lo mismo que a nosotros, le gustó mucho el discurso de la señorita. Tanto es así, que la felicitó en nuestra presencia.





Los cinco obreritos

La semana pasada la señorita nos encargó que hiciéramos una composición en nuestra casa. Yo escribí sobre la utilidad de la mano derecha y le puse por título *Los cinco obreritos*. Decía así:

“Esta es tu mano derecha. Mírala. ¡Cuántas cosas admirables y útiles sabe hacer! ¿Qué sería de ti sin ella?

Sus cinco dedos son como cinco obreritos que no conocen la ociosidad ni la fatiga. Obsérvalos. Separados, son débiles y torpes; unidos, son fuertes y hábiles. Por eso trabajan ayudándose siempre entre sí como buenos camaradas, y la actividad de uno es la de todos.

Trabajan para ti esos cinco obreritos; durante toda tu vida trabajarán para ti. Silenciosos y pacientes, estarán siempre a tu servicio y te colmarán de dones y riquezas sin esperar recompensa”.

Injusticia



—Me ha gustado mucho tu composición —me dijo ayer la señorita—. Está muy bien.

—Sin embargo —agregó— te has olvidado de algo; no has sido muy justo.

Yo la miré sin comprender.

—Esos cinco obreritos de tu mano derecha —me explicó ella— son realmente muy útiles y merecen el elogio que haces de ellos. Pero ¿y los otros? Los de tu mano izquierda, los pobrecitos, son tan torpes porque no sabemos educarlos. Es que todos, como tú al hacer tu composición, nos olvidamos de ellos.

Yo comprendí.

—Señorita —le dije—, quiero hacer otra composición. ¿Me permite, señorita?

—Bien —me contestó—; no hay inconveniente.

Anoche escribí mi nueva composición y creo que me ha salido mejor que la otra. Le he puesto por título *Los obreritos olvidados*.



Los obreritos olvidados

Mi nueva composición decía así:

“Esta es tu mano izquierda. Mírala. Es igual a la derecha. Iguales sus dedos, su tamaño, su forma. Sin embargo, es torpe; no tiene la agilidad ni la destreza de su compañera. ¿Por qué? Tuya es la culpa. ¿No has pensado nunca en los beneficios que obtendrías si hicieras de tu izquierda el instrumento de trabajo que has hecho de tu derecha? Esos cinco dedos son torpes porque no has sabido darles la habilidad que pacientemente diste a los otros. Edúcalos, pues; guíalos. ¡Cuántas cosas admirables serías capaz de hacer con la ayuda de esos cinco obreritos que injustamente has tenido olvidados!”

La señorita me felicitó por mi trabajo, que le gustó mucho.

—Muy bien —me dijo—; has hecho un acto de justicia. *Los obreritos olvidados* te quedarán agradecidos.

Verano



*El sol en el cielo
brilla como un ascua;
el suelo es alfombra
de fuego y de grana.*

*Vienen de la fronda
brisas perfumadas
y rompe el silencio
la terca chicharra.*

*¿Lloverá? ¡Quién sabe!
¡Bendición del agua!...
¡Con qué ansia la esperan
ganados y plantas!*



El último día de clase

Hoy ha sido el último día de clase.

Desde la primera hora la escuela parecía otra, como si de pronto hubiera habido en ella un cambio inesperado.

Todos los niños, inquietos y locuaces como nunca, estábamos con la atención tan lejos de las tareas, que la señorita tuvo que llamarnos al orden más de una vez.

Hasta los recreos parecían distintos. Es que, olvidados de jugar, todos charlábamos y comentábamos cien cosas a la vez. Las vacaciones, por supuesto, eran el tema obligado en nuestros corrillos y en los de las maestras. ¡Cuántos proyectos, cuántas esperanzas, cuántas ilusiones!

Yo tenía presente en mi memoria, no sé por qué, aquella mañana bulliciosa del primer día de clase. Era como un recuerdo muy lejano, y sin embargo, ¡qué breves me parecían estos nueve meses de clase que hoy han terminado!





Despedida

Cuando entramos del último recreo, la señorita nos hizo sentar y nos pidió que pusiéramos mucha atención en lo que iba a decirnos.

Luego, en medio de un gran silencio, nos habló en una forma y con un tono como sólo una verdadera amiga o una madre pueden hacerlo.

Recordó cosas buenas y malas que habían pasado durante el año, nos recomendó que aprove-

cháramos las vacaciones para descansar y divertirnos y, en fin, nos dió consejos sobre el estudio y la conducta y nos hizo reflexiones que venían muy bien en ese momento.

Cuando terminó, fué llamándonos al frente del grado uno por uno y nos entregó los boletines, los cuadernos, los dibujos y todas las cosas nuestras que tenía en su poder. Para cada uno tuvo una palabra de cariño o una recomendación especial. A varios, entre otros a mí, hasta nos dijo bromas que nos hicieron reir de buena gana.

Como estábamos presentes los treinta alumnos del grado, el reparto de los útiles fué una tarea un poco larga. Duró casi toda la hora.





Un acto de justicia

Roberto Maresca fué el último en pasar al frente. Cuando volvió a su asiento, la señorita se puso de pie, como dando por terminada la tarea del reparto.

Todavía quedaban allí, sin embargo, sobre el escritorio, los útiles de un niño. Ya creíamos que la señorita se había olvidado de él, cuando lo llamó. Era Carlos Albani.

—Como tú mereces párrafo aparte, te he dejado para el final —le explicó la señorita.

Carlos pasó al frente y se cuadró, firme como un soldado.

La señorita lo miró un instante. Después, con mucha seriedad pero en tono de amiga, le habló.

—Te debo una satisfacción —le dijo—. Esa satisfacción, la más grande que he tenido este año, es la de saber que te has convertido en un niño bueno. Tus compañeros y yo te queremos mucho y estamos orgullosos de ti. Deseo que estas palabras se las repitas a tus padres, para que también ellos se pongan contentos. Prométeme que lo harás.

Carlos quiso hablar, pero no pudo y rompió a llorar en una forma que nos emocionó a todos. La señorita lo dejó que se desahogara, y cuando al fin se calmó, sin decirle una palabra le entregó sus útiles. Al tomarlos, él le retuvo un instante la mano y la miró con un gesto de gratitud y cariño.

—Gracias, señorita, —dijo al fin.

Y en voz muy baja pero que todos alcanzamos a oír, agregó:

—Yo la quiero mucho, señorita.



¡Gracias, señorita!

Sonó en ese momento, por última vez en el año, la campana de la escuela.

Nos pusimos de pie y formamos en la galería. Luego, lentamente, empezamos a desfilar. Había en todos los rostros una expresión extraña, como de alegría y de pena a la vez.

Al pasar junto a ella, la señorita nos fué dando a cada uno un beso y tuvo para cada uno una caricia.

Ya en la puerta, nos despidió con una última recomendación:

—¡Adiós, hijitos! No me olviden. Pórtense bien.

—¡Gracias, señorita, gracias! —respondimos todos en coro.

La señorita, sonriente, nos siguió con la mirada mientras salíamos.

Yo fui el último. Al pasar junto a ella vi que tenía los ojos empañados por las lágrimas y, sin saber por qué, como si una gran pena me hubiera oprimido el corazón, rompí a llorar.

—¡Adiós, hijito, adiós! —me dijo ella, besándome otra vez—. ¡Sé bueno y acuérdate de mí!



Himno Nacional Argentino

*Oíd ¡mortales! el grito sagrado:
¡Libertad, libertad, libertad!
Oíd el ruido de rotas cadenas;
Ved en trono a la noble Igualdad.
¡Ya su trono dignísimo abrieron
Las Provincias Unidas del Sud!
Y los libres del mundo responden:
¡Al Gran Pueblo Argentino, Salud!*

CORO

Sean eternos los laureles
Que supimos conseguir:
Coronados de gloria vivamos
O juremos con gloria morir.

VICENTE LÓPEZ Y PLANES.

INDICE

	<u>Página</u>
Alegría	7
Promesa	9
La primera lección	11
"Se necesita un muchacho"	13
¡Sí, señorita!	14
Nuestro salón	16
La señorita Clarica	18
Andrés Piro	21
Mi escuelita	20
Don Pedro	23
Dos buenos compañeros	24
En clase de canto	26
El mejor alumno	27
La lección de don Pedro	29
Otoño	31
El primer mes de clase	32
La chacra de tío Esteban	34
Carlos Albani	36
La higuera y el podador	38
El italianito	39
El general Belgrano	41
Mi bandera	45
El buho	46
El cumpleaños de la abuelita	47
Un futuro dibujante	49
Los peligros de la calle	51
La casa de la dicha	53

Premio al trabajo	55
Granito de trigo	57
Nuestra patria	58
Una visita	62
Un buen discurso	63
Mi amiguito fiel	65
Un mal momento	67
La verdad en los ojos	69
Arrepentimiento	71
La promesa de Carlos	73
El árbol solitario	74
El metro	75
El pájaro herido	76
Un ramo de flores	78
Los pollitos	80
Un nuevo compañero	82
El 25 de Mayo y el 9 de Julio	84
La mimbrera	89
Los primeros fríos	91
Invierno	93
Un fabricante de juguetes	94
El tartamudo	96
El hornero y el gorrión	97
Los pepinos	99
Una tarde de alegría	103
Caballitos	105
Lo que nos hace agradables	106
El enfermo	107
El instinto del amor	109
Mi hermanita Chona	110
Mi loro sabio	113
Nuestro libertador	114

	<u>Página</u>
El mejor oficio	116
¡Cuántos, cuántos pisos!...	118
La vuelta de mi compañero	119
Señorita	120
El día del árbol	122
Nuestro jardín	123
Un libro maravilloso	125
La enfermedad de la señorita	126
Primavera	127
Nuestra carta	128
El mejor regalo	130
Las preguntas de mi hermanita	132
La violeta y la rosa	134
Servir a la patria	135
Satisfacción	139
El mejor nombre	140
Acuarela	142
Los cuentos de la señorita	144
Mi biblioteca	146
La visita del inspector	148
Mi casita	150
Los muertos por la patria	152
Los cinco obreritos	154
Injusticia	155
Los obreritos olvidados	156
Verano	157
El último día de clase	158
Despedida	160
Un acto de justicia	162
¡Gracias, señorita!	164
Himno Nacional Argentino	166

IMPRESO EN LOS
TALLERES DE LA CASA

SC
LL
1942
MA26

